en busca de médicos de su raza que le curásen, y que solían ser muy acertados en el empleo de las yerbas del país. Pero los médicos nada lograron por aquella vez, y la enfermedad se declaró ser la que llaman los indios cocolixtli, que es una especie de fiebre ardiente, contagiosa, y comunmente, mortal. De allí es, que atendido el cuerpo, y no cediendo el mal, se pensó luego en los remedios del alma, y Juan Diego, otro día, por la mañana, que era martes, pues el lunes se había ocupado con los médicos, determinó partirse á Tlaltelolco, á llamar á un confesor, que administrase al enfermo los sacramentos. Era el día 12 de Diciembre, cuatro días des pués del primer coloquio de la Virgen con Juan Diego; y éste, teniendo que pasar por el sitio de las apariciones, recordó el mandato de la Señora, é imaginó, en su candor, que estándole esperando en el mismo paraje, podría evitarlo, tomando otro camino, temiendo detenerse con Ella, cuando el negocio que llevaba no sufria tardanza ni dlemora. Así lo hizo, efectivamente, y dando un rodeo tomó por otra parte, y seguía su camino no sin apresuramiento. Mas hé aquí, que en la misma revuelta por donde pensaba ocultarse, de improviso se le presenta otra vez la visión mara villosa, cerca de una fuente ó manantial de aguas salitrosas que por alli había, y al verse tan cerca de Ella, hincóse de rodillas, entre temeroso y avergonzado.

Mas ino habéis not ado, niñas, cómo, cuantas veces le habla al indio la Virgen Santisima, otras

tantas le advierte que le agradecerá sus obsequios, y que no dejará sin galardón sus servicios? :Qué buena, qué tierna, qué misericordiosa es la Madre de Dios! Cuando los ángeles mismos se juzgan dichosos en servirla y obsequiarla, pensando que al hacerlo encuentran la mejor recompensa, Ella agradece á los pobres mortales, que le están tan obligados, aún los mas pequeños servicios, y paga, como Reina, los más pequeños obsequios que procuremos hacerle! Es necesario amar tiernamente á esta madre tan cariñosa, y esmerarse en sus obsequios y en su culto. No debemos desmayar cuando las dificultades se opongan á nuestro camino; hagamos lo que el deber nos manda, y los designios del Señor no podrán estorbarse. Buscando unos jumentillos perdidos halló Saúl un reino, y buscando un confesor para su tío halló Juan Diego á la que es consoladora de los affigidos y salud de los enfermos. Dejar la devoción por la obligación es un deber de todo cristiano, y no perjudica el hacerlo, porque es lo que llaman dejar á Dios por Dios, en lo cual no hay inconveniente.

El sábado inmediato proseguiremos, mis amiguitas.

DECIMOSEPTIMO DOMINGO.

Vida de una santita de nueve años.

XVII.

Insta al Obispo por recibir el velo.—Redobla sus instancias para conseguirlo.—Preparan lo preciso para el efecto.—Hace los votos.—Recibe el nuevo nombre y termina la ceremonia.

NTES de su última enfermedad, siempre que veía á Monseñor le importunaba de todas maneras, y no había expresiones que no emplease para obtener el velo tan deseado, de suerte que un día en que sus instancias eran mas urgentes, le dijo el buen prelado:

-Ten paciencia, todavía un poco, porque eres

muy niña.

Acres and a second

Es verdad, respondió Josefina, pero la muerte se acerca: te he dicho tantas veces que moriré muy pronto!..... Yo ruego mucho por tí en la comunión. Que, ino te ha dicho Jesús en el corazón que me des el velo? Á mamá, á las her-

manas y á todos les agradará que yo tome el velo! Yo te aseguro que vas á dármelo mas pronto de lo que tu piensas! Ya verás, ya verás como Jesús me hace esta gracia; Jesús es mejor que el Obispo.

En efecto, Jesús le hizo la gracia; y vamos á ver como se cumplió la predicción de la niña de

una manera inesperada.

Durante su última enfermedad no cesaba de desear el velo, y el presentimiento de su próximo fin no hacía sino hacer mas ardiente este deseo: esto me conmovía mucho: pero lejos de dárselo á conocer, manifestaba no fijar en ello mi atención, y la pobre niña yá no se atrevía á instar más.

No obstante, un día no pudo contenerse más (era en el mes de Abril,) y con un acento que hería el corazón y expresaba la vehemencia de sus

deseos, dijo á la enfermera:

-Qué ino me darán el velo? ¡No querrán las

hermanas? ¿Moriré yo así?

Me avisaron inmediatamente: rechazaré yo á la piadosa niña estando en el umbral de la eternidad? No, no me siento con ese valor: doy los pasos mas rigurosos, pido permiso al señor Obispo, lo cual me concedió con mucho gusto; además, vista la solidéz de espíritu de la niña se le permitió pronunciar los tres simples votos de la vida religiosa. Ese día estaba Josefina muy postrada, ni hablaba palabra; mientras se arreglaba lo necesario y se adornaba su lecho con guirnaldas de flores artificiales, la niña no se ocupaba más que de Dios. A veces dirigía una mirada

á lo que se hacía cerca de élla y volvía á entrar en su recogimiento.

-¿Ves estas flores? le dije.

-Sí, pero las flores del cielo son más bellas.

Está respuesta me cortó la palabra.

Pronto estuvo todo arreglado, pues nos apresurábamos de miedo de no llegar á tiempo. El 26 de Abril en la tarde fué cuando se ejecutó la corta pero tierna ceremonia: al pié del lecho de Josefina asistian las niñas sus compañeras vestidas de blance con velo y guirnaldas de flores en la cabeza, teniendo una vela encendida en la mano.

La joven postulanta pronunció la fórmula de costumbre, y recibió, con el velo, el nombre de Sor Lorencina Fremiot, entonces hizo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, se le dió la cruz y el crucifijo, se rezó el salmo Laudate y terminó la ceremonia. La enferma había hecho todo con una piedad y una emoción inesplicables; Josefina era de allí en adelante religiosa de la Visitación.

En la tarde vino Monseñor á visitar á la nueva e-posa de Jesucristo: Su Señoría con mucha amabilidad le habló largamente, y nuestra hermanita se contentaba con responder sí, pero pronunciaba estas palabras con extrema dulzura, acompanándola con una de esas miradas cuya expresión y elocuencia es mas viva y penetrante, pues el embarazo de su respiración le impedía explicar-se mas.

Al retirarse el buen prelado le dió su bendi-

ción y sor Lorencina le acompañó, con sus lágrimas: seguramente que esta última separación fué para su corazón un sacrificio muy doloroso.

Al día siguiente tuvo menos penosa la respiración y no hizo mas que hablar de la gracia que acababa de recibir: mostraba la cruz que se le ha-

bía dado y exclamaba con trasporte:

—¡He aquí mi cruz, yo siempre la beso aún por la noche! ¡oh, qué dichosa soy! sí, qué felicidad, el ser esposa de Jesucristo!..... En esa ocasión pensé morir, tan fuerte era el estremecimiento de mi corazón. ¡Cuánto más lo será allá en el cielo! El Señor me dice que me ha enviado tantos males, á fin de que me diesen el velo, pues hace tanto tiempo que lo deseaba, que siempre estaba triste, y nada del mundo me agradaba, aun el vestido azul me pesaba sobre los hombros. ¡Yó, esposa de Jesucristo! Ay! sí; si el Señor me sanara yo seré siempre, siempre su esposa, estudiaré y aprenderé pronto y haré todo lo posible por hacer lo que las hermanas; mas si muero, todo concluyó!

Cuando decía esto, se notaba en sus ojos y en su rostro un no se que de angélico, que nos enternecía y nos hacía bendecir las bondades del Señor.

El ideal á que aspiran todas las almas grandes y que aman á Dios, es la vida religiosa, y por su parte el Señor parece que no sabe dar á las almas á quienes ama tiernamente, otra prueba, después de los trabajos, que el llamarlas á ser sus esposas. ¡Ojalá y algún día podáis comprender estas verdades! Ahora, sois quizá de poca edad, y á tanto no alcanzáis; sin embargo, nueve años tan sólo contaba Josefina, y ya veis qué gran beneficio le hizo el Scñor. Orad, orad, queridas niñas. Dios os colme de preciosas bendiciones!

Fábula 17^a La Corderilla Blanca.

Cayó un día en un charco
La Corderilla blanca,
Y cuando allí la vieron
Las graznadoras ranas,
Colmáronla oficiosas
De torpes alabanzas;
Y encareciendo mucho
El sitio que habitaban,
Quisieron persuadirla
Que no lo abandonara.
La cándida Cordera,
Que nunca frecuentaba
Lugares tan impuros,
Notó que se empañaban

Los ampos de su nieve
Con las fangosas aguas,
Y entonces acallando
La pesadumbre amarga
Que su pecho afligía,
Fingió darles las gracias,
Y desde el seno hediöndo
De aquella turbia balsa
Veloz corrió á la fuente
Y allí lavó sus manchas.
Solícito sin duda
El Pastor la acechaba,
Pues viendo que volvía
Ya limpia á la majada
Clamó:—u; bendita sea

"La Corderilla blanca!"

Hay para el alma frágil
Que ha resbalado incauta
En el charco del vicio,
Y que, al notar sus manchas
Se lava arrepentida
Y vuelve á la majada,
Otro Pastor divino
Que desde el cielo exclama:
—"¡Bendita una y mil veces
"La Corderilla blanca!"—

José Salas.

27ª ADIVINANZA.

Soy un palacio real
Y un gran príncipe en mí habita,
Su Magestad Sacra-real
Nunca se encuentra aquí mal
Aunque en soledad medita
Si bien cual jefe milita,
No tiene guardia ninguna,
Mas tiene por gran fortuna
El estar siempre encerrado;
Por sus piés jamás ha andado,
Sin enfermedad alguna.
Soy palacio el mas pequeño
Que algún rey tenga por dueño.

28ª ADIVINANZA.

Tres santos somos, que en el templo estamos En un nicho, con llave bien cerrados, Y á ningún hombre nuestro nombre damos Aunque al bautismo, dos, siempre asistamos Y aun gastemos allí nuestros cuidados: Uno solo á las turbas luego baña Sólo, otro, á los enfermos acompaña: Dime, con datos tantos ¿Cuáles los nombres son de estos tressantos?

DIÁLOGO QUINTO. LOS SACRAMENTOS

PRIMERA PARTE.

Maestra Niña: los Sacramentos ¿cuantos son, me diréis?
Niña. Siete, ni más ni menos; no son ocho ni seis.
 M. Y estos, se ven acaso, ó son cosa sensible? N. Sí; son signos visibles de la gracia invisible.
M. Mas podéis explicarme por qué tan sola- mente
Siete se denominan sin que uno mas se cuente?
N. El nacer es primero, y el crecer en seguida; Para seguir viviendo, no ha de faltar co- mida;
El que enferma requiere con precisión cu-

Si se alivia, la dieta le ayuda á mejorarse; Para que el mundo dure hay que repro-

Y Orden se necesita para poder regirlo.

M. Todo eso es cierto, niña, mas ¿á qué vie-

ducirlo.

ne ahora?

N. Se naceen el bautismo; el crisma corrobora: La Eucaristía divina nos nutre v alimenta La Confesión nos cura; el Santo-Oleo fo-Conserva el Matrimonio á nuestra especie humana Y el Orden da ministros á la Iglesia Cris-Eshermosa doctrina, decid cuálessu autor? Santo Tomás de Aquino, angélico doctor. Qué obran los Sacramentos, ó qué cosa practican? Tiene que ver lo que hacen con lo que N. El agua en el bautismo lava al niño que Y al pecado de origen la gracia desaloja; La Confirmación unge al hombre cual sol-Su gracia esfuerza, y le hace que sufra y sea inmolado: La confesión, es juicio que escucha y dá sentencia. Al alma allí se absuelve con juicio de in-

La Comunión, es cierto que por la boca se

Su gracia nutre al alma, deleita y satis-

La Extrema-Unción, con óleo cual reme-

dulgencia;

dio se pone

Y ella sana al enfermo, ó á morir le dispone;
El santo Matrimonio á la Iglesia acrecienta
La Orden Sacerdotal, la gobierna y sustenta.

M. ¿Los sacramentos, obran de una sola manera?

N. Unos, llaman de muertos, que dan gracia primera
Bautismo y Penitencia, que suponen pecados;
Otros, llaman de vivos, en gracia administrados.

DIÁLOGO QUINTO. LOS SACRAMENTOS.

SEGUNDA PARTE.

Maestra. Niña, los sacramentos ¿son muy precisos todos?

O en su distinto oficio obran de varios modos?

Niña. De todos, el Bautismo, el mas preciso ha sido;

Porque sin él al cielo no entra ningún Más solemne y glorioso es la Confirma-Qué es plenitud de gracia, y episcopal El más grande es sin duda, la santa Eucaristía. Pues que en él Dios se encuentra, y al ángel extasia. Y honran los sacramentos á la naturaleza? N. Sí, pues que la emancipan de la antigua El trigo era de Ceres, el agua de Neptuno, El vino del dios Baco, el óleo de otro al-Y Cristo, del demonio libertó estas cria-Que el agua es del Bautismo se ve en las Escrituras El óleo, de el, del Crisma, y de la Unción extrema. Y el trigo libertado, y el vino, de anatema, O de servir al diablo, hoy llenos de con-Son muy ennoblecidos sirviendo al Sacramento. M. ¿Y estos signos sagrados, son para toda N. Sí, pero siempre levan cierta conformi-

El bautismo y el crisma son más de los infantes. Y en la edad madura, son más los comul-Los Santos aseguran, y no hay en ello Que á los jóvenes, mucho, la confesión La extrema-unción se aplica al enfermo. de suerte Que es para la hora extrema, que es la de nuestra muerte; Orden y matrimonio, edad seria prefieren Pues son estados fijos que madurez requie-¡Y cuántas veces pueden en vida recibirse? N. Muchas, pues tres tan sólo no pueden re-Pues imprimen caracter, que es un sello Que en el alma se estampa, y jamás es bo-El bautismo, y el orden, y el crisma son los tres Que nunca se reciben sino sola una vez. Mas si sella el caracter, en el sello hay le-N. Es cierto, y el bautismo que es también el primero Cristiano, es lo que imprime; y el Crisma da, soldado;

Y el Orden más añade, y es: ministro sagrado.

M. Y hay un precepto acaso que obligue a recibirlos,
O queda en nuestra mano, dejarlos ó admitirlos?

 N. Los cinco nos obligan, cada uno en su ocasión;
 Orden y Matrimonio se dejan á elección.

MORAL SAGRADA.

THE PERSON NAMED WEIGHT

IMPUDICICIA.

Viene á ser "argolla de oro En nariz de cerdo puesta," (Proverbio sagrado dice,) La muger hermosa y necia.—(Prov. XI. 22)

Muy extraña os parecerá, niñas, esta comparación: la muger hermosa, pero necia, es como argolla de oro en la nariz de un cerdo. Para comprenderla, habéis de saber, que en el oriente, no sólo se adornan las mugeres con sortijas ó argollas de oro los dedos y las orejas, sino también la nariz, que les agujeran, de pequeñas, como entre nosotros agujeran á las niñas las orejas. Y en la nariz el adorno es mas visible por estar al frente de la cara. Bien, me diréis: que se adornen las mugeres por allá la nariz, y de ella se cuelguen dijes, pase; pero ¡los cerdos:—Pues también á los cerdos se les solía poner una argolla en la nariz, para atarlos de allí, y detenerlos, pues á veces eran muy bravos y fuertes, y sólo de esa manera se les podía sujetar.

Mas por supuesto, que esta argolla era de fierro ó de otro metal vil, pues sería una locura el ir á emplear en semejantes animales un metal precioso y de valor. Y esa necedad, ese desatino, es cabalmente lo que se hace resaltar en la comparación del Libro Sagrado: como argolla de oro, cosa estimable y fina, en la nariz del cerdo, animal inmundo, que puntualmente se sirve de la nariz para escarbar el cieno; así viene á ser la hermosura, que en sí es cosa buena y apreciable, como todos los dones de Dios, cuando está puesta en muger necia, es decir vana, imprudente, y sobre todo, falta de pudor y de modestia; pues así como el cerdo ensucia y gasta en el lodo aquel oro brillante, así la muger, hace de la hermosura un uso indigno, y así como al cerdo se le arrastra por la argolla, aunque sea de oro, y se le lleva al matadero, así la muger, por la hermosura es arrastrada y cautivada por Satanás, en millares de pecados y faltas.

Que la muger impura y deshonesta, se asemeja

al cerdo, lo notan aquí los doctores, lo primero, porque es animal estólido, y así es la jóven lasciva; lo segundo, porque el cerdo tiene todo su gusto en revolcarse todo el día en el cieno; así la gente impura, se revuelca en la inmundicia; lo tercero, porque el cerdo es animal feo, goloso é inmundo, así la jóven entregada á esas cosas, es horrible, golosa, asquerosa y hedionda ante l'ios y ante los ángeles.

Así, niñas, que lo mismo raro y extraño de esta comparación os haga recordarla constantemente, para que cobréis horror á unas culpas que hacen comparar aun á la jóven mas hermosa y agraciada en lo exterior, con un bruto tan feo, tan voraz, tan repugnante y tan sucio!

MORAL SAGRADA.

THE WESD EDECEMED.

SILENCIO Y FIDELIDAD.

Que las mugeres sean púdicas, No detractoras del prójimo: Que sean fieles en sus prácticas. Y templadas en el ánimo.—(I. Timot. III. 11.)

Cuatro cualidades pide San Pablo en las muge:es, las que explica muy bien San Ambrosio: La 1ª, que sean púdicas, esto es, honestas y notables por la gravedad de su conducta. La 2ª, que no sean detractoras, ni amantes de las discordias que suele traer la detricción y la calumnia. La 3º, que sean sobrias y templadas, tanto en la comida y bebida, como en el moderar las pasiones y turbaciones del ánimo. Lo 4°, que sean fieles, tanto en las obligaciones domésticas, como en el cumplimiento de sus otros deberes. Vean las niñas, que de estas cualidades carecen, las ligeras y poco honestas; las chismosas, murmuradoras ó falsarias; las golosas amantes del licor y de las buenas comidas; las perezosas, descuidadas, desobedientes á su mamá, infieles á sus devociones, como á la de rezar al levantarse y acostarse, á dar gracias después de la comida, ó rezar el santo rosario, etc. Enmendarse y seguir los consejos del Señor!

SABADO DECIMOSEPTIMO.

La Aparición Guadalupana.

Juan Diego es bien recibido.—Se le manda cortar Rosas.—Hállalas en el cerro ári lo y en el crudo invierno Miralas y tómalas con sus manos la Virgen Mara.—Mándale llevarlas por señal.—Las flores en el mes de María.—Las flores místicas del santo Rosario.

MADAS niñas: Pensaba Juan Diego encontrar enojada á la augusta Señora, cuyo mandato había inculpablemente desobedecido; pero muy al contrario, llena de amabilidad y de gracia, contesta su saludo, admite sus obsequios y escucha benignamente sus excusas, fundadas en la enfermedad de su tío. "No tienes hijo mío, porque temer de la salud, del enfermo, pues soy lu Madre, y ten por cierto que desde este instante quedará sano y recobrará enteramente su salud." Creyólo el indio con fé viva, y agradecido á tanto favor, se pone á sus ordenes para cumplir lo comenzado, y recibir la señal pedida por el Prelado, y por la amorosísima Virgen, prometida. La Señora, dando unos pasos adelante, le manda su-

bir á la cumbre del cerro, donde la había visto antes, diciéndole que allí encontraría variedad de rosas: que cortase y recogiese en la tilma cuantas pudiese, y luego las trajese á su presencia. Convencido estaba Juan Diego, de que jamás se habían visto flores ningunas en aquel sitio, y mucho menos debería haberlas en aquel día, en lo riguroso del invierno; mas con todo, con esa fé viva de las almas sencillas, se apresta á realizar el mandato, y sube por el cerro para dirigirse á la cumbre en busca de las rosas anunciadas. Y, oh prodigio! apénas llega, cuando maravillado contempla una gran variedad de flores que súbitamente habían germinado y se habían abierto entre las rocas; se acerca, admira su hermosura, v sin detenerse, comienza á cortarlas v á recogerlas en su tilma que pende del cuello; y ahueca sosteniéndola por la otra punta con la mano. Tomando cuantas caben, sin ajarlas, ni apretarlas, baja con ellas al sitio donde la Virgen le aguardaba, y llegando ante ella, abre la tilma y se las muestra y presenta reverente. La poderosa Reina las toma con sus puras y virginales manos, y con ese contacto les infunde seguramente alguna virtud prodigiosa, para que sirvan á la realización de los fines de su misericordia. Despues las vuelve á dejar y acomodar en la tilma, v encerrándolas dice al neófito: "Estas rosas y flores son la señal que llevarais al Obispo, á quien de mi parte le dirás cuanto has visto, y que por estas señas, haga lo que he ordenado. Y ade-